Oid, truenos, que lleváis á desconocidos firmamentos el eco de vuestros estampidos.

Oid, cielos, que en eternas armonías resonáis.....

Oid, pueblos y naciones, y..... aprended.

Este es el cántico de alabanzas que un pueblo de héroes consagra á María Inmaculada. Este es el himno de las grandezas de la Madre y de los amores de sus hijos.

Esta es la plegaria popular de la primitiva fe española.

Oid..... oid.....

España dobla su rodilla sobre el césped de sus campos, cruza los brazos sobre el pecho, levanta á los cielos su mirada y descubriendo con su fe el Trono de María Inmaculada, dijo con voz que ningún pueblo podría imitar:

¡*Madre mia de mi alma*!!!

Y por sus mejillas se deslizó una lágrima que Dios santificó con su aliento, porque era lágrima que hizo brotar del corazón el fuego de los amores.

Y se levantó sobre sus pies; y ciñendo sus sienes con la diadema del catolicismo, gritó con grito de entusiasmo:

—Este es el himno de las grandezas de mi madre y de los amores de mis hijos.

Esta será la plegaria popular de la primitiva fe española:

¡*Madre mia de mi alma*!!!

Voz de luz que luces enciende en el firmamento; palabra de suavidad que embalsama el ambiente con su aroma; armonía misteriosa que el huracán apacigua, que los mares calma, que hace enmudecer al trueno, y que á los rayos encadena.

¡*Madre mia de mi alma*!!!

Voz de amor que amores engendra; palabra de dulzura que ambrosía destila; melodía celestial que en coros de ángeles convierte las orgías de los pecadores.

¡*Madre mia de mi alma*!!!

Si esa palabra cae en la tierra, dulcificará las aguas de los mares, y flores y frutos brotarán las piedras vivas.

¡*Madre mia de mi alma*!!!

Si esa palabra sube á los cielos, el iris la escribirá con sus colores las estrellas con su luz y los soles con sus lumbres.

¡*Madre mia de mi alma*!!!

Si esa palabra cae en la tierra, la veréis matizada en las flores, y bordada en las corrientes de los ríos.